

# La libertad una dependencia

*Don Luigi Giussani, El sentido religioso, Capítulo VIII*

*Quien se mantiene frente al mundo, como lo hemos visto, ve puesta en juego su libertad. En la misma raíz de sus percepciones y de sus razonamientos se tiene una opción fundamental de orden moral, una actitud primera frente a lo que la provoca – de apertura, o de desconfianza. La actitud de apertura total que llamamos libertad, esta magnífica independencia que admiramos en los santos, proviene de una experiencia de dependencia obstinada hacia El quien es origen de toda cosa. Esta relación es la única que puede bastar a los deseos del corazón, que descubrimos en su amplitud en la primera parte del itinerario, y hasta precederlos constantemente.*

## **La percepción de la libertad**

Si yo preguntara qué es la libertad, la gran mayoría respondería conforme a imágenes, definiciones o sensaciones determinadas por la mentalidad común.

La definición de las palabras más importantes de la vida, si está determinada por la mentalidad común, asegura una esclavitud total, una alienación total. ¿Qué es el amor entre el hombre y la mujer, qué es la paternidad y la maternidad, qué es la obediencia, la compañía, la solidaridad y la amistad, qué es la libertad? Todas estas preguntas provocan en la mayoría de la gente una imagen, una opinión o una definición que están tomadas literalmente de la mentalidad común, es decir, del poder.

Es una esclavitud de la que no vamos a liberarnos automáticamente; sólo nos podemos liberar mediante una ascesis. Como ya hemos dicho, la ascesis es una aplicación que el hombre hace de sus energías en un trabajo sobre sí mismo, sobre su propia inteligencia y su propia voluntad.

Este es el comienzo de la libertad, como decían los antiguos: "Intellectus cogitabundus initium omnis boni"<sup>9</sup>: una inteligencia aplicada es el comienzo de todo bien. Pero la inteligencia aplicada intuye un método; de otro modo no puede ni siquiera caminar, porque el método es el camino. Por tanto, ¿cómo haremos para saber qué es la libertad? Las palabras son signos con los que el hombre identifica una experiencia determinada: la palabra amor especifica una experiencia determinada, y la palabra libertad especifica otra experiencia determinada.

Una experiencia es descrita, ante todo, por el adjetivo correspondiente, porque el adjetivo es la descripción veloz y sumaria de una experiencia vivida; el sustantivo es como un intento de definición posterior que deriva del adjetivo. Así, para entender qué es la libertad debemos partir de la experiencia que tenemos al sentirnos *libres*. ¿Cuándo nuestra experiencia natural, juzgada según las evidencias y exigencias elementales, hace que nos sintamos libres?

Tú, hija, vas a tu padre y le dices: "¿Me dejas ir este fin de semana con mis compañeros?". Tu padre, atareado con tantos trabajos y otras cosas, ha sido siempre de la idea de que el hombre moderno debe dejar hacer todo a sus hijos; por eso, nunca te ha dicho una sola vez que no desde hace mucho tiempo. Aquella tarde está

---

<sup>9</sup> Cf. entre otros san Agustín. *De Civitate Dei* XIX, 1, 3

enfadado con la secretaria y te dice: "¡No, no vas!". Es imposible que no te sientas vejada, aprisionada, ahogada, sin libertad. Al contrario, si tú ibas dudosa respecto a lo que podía suceder y, al preguntarle, tu padre te dice "Sí, vete", cuanto más fuerte fuera el deseo que tenías, mayor será tu experiencia de libertad, y más aún cuanto más incierto fuera el pronóstico.

Experimentalmente, nosotros nos sentimos libres cuando se produce la satisfacción de un deseo. La libertad se manifiesta como una experiencia en nuestra existencia consistente en la respuesta a una necesidad o la realización de una aspiración, como cumplimiento del deseo. Y en este sentido es verdad la frase corriente: "Ser libre es hacer lo que te dé la gana".

Pero no se trata sólo de ser libre un fin de semana, o una tarde, de ser libre en cien, doscientas, mil ocasiones, sino *siempre*: se trata de ser libre, libre, es decir, de gozar *la libertad*, no de un momento de libertad... Según lo que la experiencia nos indica, está claro que la libertad se presenta a nosotros como la satisfacción total, la realización plena del yo, de la persona, su perfección completa. Es decir, la libertad es la capacidad del *fin*, la cabida de la totalidad, la capacidad de la *felicidad*.



La plena realización de uno mismo: esto es la libertad. La libertad es para el hombre la posibilidad, la capacidad y la responsabilidad de completarse, es decir, de alcanzar su propio destino. La libertad es llegar a compararse con el destino: es esta aspiración total al destino. De tal modo que la libertad es la experiencia de la verdad de nosotros mismos.

Por eso decía el Señor: "La verdad os hará libres"<sup>10</sup> Sí Dios es la verdad, yo puedo decir a Dios que "mi verdad eres Tú, mi yo eres Tú", según la fórmula de Shakespeare en *Romeo y Julieta*: "Tú eres yo, yo soy tú"<sup>11</sup>. La verdad de mí mismo es Otro: la plenitud de mi ser eres Tú, mi significado eres Tú. Por lo tanto, la libertad es la capacidad de Dios.

Mucho más que una capacidad de elección, la libertad, en profundidad, es una dedicación total, humilde, apasionada y fiel a Dios en la vida cotidiana. "Dios, amante de la vida", dice la liturgia.<sup>12</sup> La fe es, pues, el gesto fundamental de libertad, y la oración es la constante educación del corazón, del espíritu, en la autenticidad humana, en la libertad; porque fe y oración son el reconocimiento pleno de esa Presencia que constituye mi destino, y en depender de ella consiste por consiguiente mi libertad.

Existencialmente esta libertad no es aún completa; en la existencia está en tensión hacia su cumplimiento, es una tensión y una adhesión progresiva al ser, está en devenir.

### ***Precariedad de la libertad.***

Caigamos bien en la cuenta de la esencia original de la libertad. Vamos a representar toda la realidad experimentable con esta figura:



Dentro de ella no hay nada. Ahora la misma figura tiene un puntito:

---

<sup>10</sup> Jn 8,32.

<sup>11</sup> Cf. W. Shakespeare, *Romeo y Julieta*, acto II, escena II.

<sup>12</sup> Cf. Sb. 11, 26.



Este puntito eres tú, soy yo. Antes no existías, y ahora existes.

Pero, ¿qué quiere decir hablar de libertad si este punto antes no existía y aparece *sólo* como un momento que emerge, como un golpe de mar pasajero en todo ese enorme oleaje, en ese gran torrente que forman el mundo y la historia (representados por el círculo)? Si este punto naciera solamente como parte de esa realidad en devenir, como resultado de sus antecedentes físicos y biológicos, no tendría ningún derecho frente a ella; esa realidad podría hacer lo que quisiera con él, como un torrente impetuoso con una piedra.

Pero, ¡atención! Este mundo, esta realidad, en su nivel humano se llama *humanidad*. Y la humanidad es todavía un concepto abstracto, porque la humanidad en concreto se llama *sociedad*. Pero la sociedad es un determinado orden orgánico. Y es el *poder* lo que mantiene ese orden. De hecho, los gobiernos consiguen dar forma a la sociedad gracias al poder que poseen. Entonces, ese punto (¡es decir, tú, yo!) no tiene ningún derecho frente al poder, ninguno, porque el poder es la expresión prevaleciente de un determinado instante del flujo histórico. Cualquier concepción panteísta, materialista, biológica o idealista del hombre lleva necesariamente a estas conclusiones; en este sentido, Hitler o Stalin son la misma cosa. El poder es lo que emerge de la fuerza de la realidad en este instante. Si, para servir a la historia, el poder está persuadido de tener que matar a todos los judíos, de acuerdo con esas concepciones haría muy bien en matarlos a todos o en usarlos como conejillos de indias. Toda la realidad de nuestra época tiene esta clave en el fondo: que el Estado es la fuente de todo derecho; el Estado liberal o marxista, da lo mismo. Hace dos mil años, el único sujeto que tenía reconocidos todos los derechos humanos era el "civis romanus". Pero el "civis romanus" ¿quién lo establecía? Era el poder el que determinaba quien era el "civis romanus".

Uno de los mayores juristas romanos, Gayo, distinguía tres tipos de utensilios que el "civis", es decir, el hombre que disfrutaba de todos los derechos, podía poseer: los utensilios que no se mueven ni hablan, las cosas; los utensilios que se mueven y no hablan, es decir, los animales; y los utensilios que se mueven y hablan, los esclavos<sup>13</sup>. Se ve la ausencia total de la libertad como dimensión esencial de la persona. Si se lee la definición de la educación que da el más famoso pedagogo soviético, Makarenko, se intuye con horror la teorización consiguiente de un Estado, representado por los jefes del partido, que tiene el derecho de poseer y manejar al hombre como un mecánico a una pieza de su coche: « *La educación es la cadena de montaje de la que saldrá el producto de comportamiento adecuado a las exigencias de quienes orgánicamente incorporan e interpretan el sentido del devenir histórico* »<sup>14</sup> « *Quienes orgánicamente incorporan e interpretan el sentido del devenir histórico* » son los que poseen el poder en cada momento: se trata, por tanto, de una total alienación de la persona humana en la concepción ideológica de la sociedad que esgrime el poder. El premio Nóbel de poesía 1984, Czeslas Milosz, denunciaba con tristeza:

« Se ha conseguido hacer creer al hombre  
que si vive es sólo por gracia de los poderosos.  
Dedícate, por tanto, a beber café y a cazar mariposas;  
a quien ame la res pública se le cortarán las manos »<sup>15</sup>

<sup>13</sup> Cf. Gayo, *Institutionum Commentarii quattuor*, II 12-17. Una distinción equivalente queda expresada también en Marco Terencio Varrón, *Rerum rusticarum libri tres*, I, 17.

<sup>14</sup> Cf. A. S. Makarenko, *Pedagogia scolastica sovietica*, Armando Editore, Roma 1960, pp. 13-14, 108.

<sup>15</sup> C. Milosz, "Consieli", vv. 18-21, en *Poesie*, Adelphi, Milán 1983, p. 116.

## *Fundamento de la libertad.*

Únicamente la Iglesia defiende en su tradición el valor absoluto de la persona, desde el primer instante de su concepción hasta el último momento de su ancianidad, incluso decrepita e inútil. ¿En qué se basa? ¿Cómo se las arregla el hombre para tener este derecho, este valor absoluto por el cual, aunque el mundo se desbarate, él mantiene el derecho de no descomponerse también? Porque lleva en sí algo que le da ese derecho, tiene dentro algo que le permite juzgar al mundo en el que nace.

Si el hombre proviniera en su totalidad sólo de la biología de su padre y de su madre, como un instante breve en el que todo el flujo de innumerables reacciones precedentes produjeran este fruto efímero, si el hombre fuera sólo esto, sería realmente ridícula, cómicamente ridícula, la palabra "libertad", la expresión "derecho de la persona", la misma palabra "persona". Una libertad así, sin fundamento, es *flatus vocis*: puro sonido que el viento dispersa.

Sólo en un caso este punto que es el hombre individual y concreto sería libre de todo el mundo, libre hasta el punto de que ni el mundo entero ni todo el universo podría constreñirlo, sólo en un caso esta imagen de hombre libre es explicable: si se supone que ese punto no está constituido sólo por la biología de su madre y de su padre, que posee algo que no deriva de la tradición biológica de sus antecedentes inmediatos, sino que está *en relación directa con el infinito*, en relación directa con el *origen* de todo el flujo del mundo, de todo el "círculo", con esa X misteriosa que se encuentra por encima del flujo de la realidad (*figura c*), es decir, con Dios.

Es lo que dice el catecismo de san Pío X cuando afirma que "el cuerpo lo dan los padres, pero el alma la infunde directamente Dios"<sup>16</sup>. Más allá de la formulación escolástica, este "alma" indica exactamente que hay un *quid* en mí que no deriva de ningún factor de la fenomenología que se puede experimentar, porque no depende, no procede de la biología de mi padre y de mi madre; depende directamente del infinito, de aquello que está haciéndolo todo, todo el mundo. *Sólo* en la hipótesis de que exista en mí esta relación, el mundo podrá hacer de mí lo que quiera, pero no me vencerá, no me *despojará*, no me atará, porque yo seré más grande, seré *libre*. En esto se fundamenta y se explica el derecho fundamental a la libertad de conciencia, a la capacidad y, por consiguiente, al deber, de juzgar y de obrar mediante una confrontación en última instancia personal con la verdad y con el bien.

He aquí la *paradoja*: la libertad es depender de Dios. Es una paradoja, pero clarísima. El hombre —el hombre concreto, yo, tú— antes no existía, ahora existe, y mañana no existirá: por lo tanto, depende. O depende del flujo de sus antecedentes materiales, y es esclavo del poder; o depende de Aquello que está en el origen del flujo de las cosas, *más allá* de ellas, es decir, de Dios. La libertad se identifica con depender de Dios de una manera humana, esto es, con una dependencia que se reconoce y se vive. Mientras que la esclavitud es negar o censurar esta relación. La conciencia vivida de esta relación se llama religiosidad. ¡La libertad consiste en la religiosidad! Por eso, la única rémora, la única frontera, el único límite a la dictadura del hombre sobre el hombre —ya se trate del hombre sobre la mujer, de padres con hijos, de gobierno y ciudadanos, de patronos y obreros, o de jefes de partido y estructuras a las que la gente está sometida—, la única rémora, la única frontera, la única objeción a la esclavitud del poder, la *única*, es la religiosidad.

Por eso quien detenta el poder, sea el que sea, familiar o colectivo, está siempre tentado a odiar la religiosidad verdadera, a menos que él mismo sea profundamente religioso. Así, por ejemplo, no existe nada en las relaciones entre hombre y mujer, entre chico y chica, que se tema y odie más, inconscientemente, que una religiosidad auténtica en el otro o en la otra, porque es un límite para poseerle, es un desafío a su posesión.

---

<sup>16</sup> Cf. san Pío X, *Catecismo de la doctrina cristiana*, I, III, 53. Cf. también Pío XII, *Humani generis*, Carta Encíclica, 12 de agosto de 1950: "La fe católica nos obliga a sostener que las almas han sido creadas de modo inmediato por Dios".

Recuerdo la impresión que me produjo hace algunos años un artículo del científico Julián Huxley aparecido en el *Corriere della Sera*, en la tercera página<sup>17</sup>. El artículo aparecía poco tiempo después de que la prensa hubiera hecho una gran campaña contra los neonazis, pues en algunas ciudades, como Milán, habían aparecido cruces gamadas y esvásticas sobre los muros. Se recordaba, naturalmente, Dachau y Auschwitz y la masacre del hombre, la negación de la civilización del ser humano. El artículo sostenía la posibilidad y la necesidad de crear una estirpe humana perfecta a través de un control de los nacimientos que eliminase todos los tipos imperfectos. ¿Quién establecería los criterios y los límites? En última instancia el poder. Exactamente el mismo sistema nazi.

Decía el gran Pasternak: "Adherirse plenamente a un 'tipo' es extinguir lo humano"<sup>18</sup>. Él tenía la imagen del hombre esclavo del poder. Sin defender su relación con Dios el hombre se queda a merced de las concepciones que son útiles al poder y que éste favorece drásticamente. Con justicia el periodista Ronchey, citando a Soljenitsin en el *Corriere della Sera*, recordaba que el Macbeth de Shakespeare fue un criminal porque había matado a siete personas. Para matar a seis millones, o a sesenta millones, era necesario un multiplicador; pues bien, ¡este multiplicador del delito es la ideología, una concepción totalitaria del nombre favorecida por el poder!<sup>19</sup>.

Cuando Lenin dice: "Esta es una hora en que no es posible escuchar música, porque la música da deseos de acariciar la cabeza de los niños, mientras que ha llegado el momento de cortársela"<sup>20</sup>, ¿es con estas concepciones como podemos afrontar la aventura de defender al hombre? Sin embargo, si el hombre, el individuo, no tiene una relación directa con el infinito, todo lo que haga el poder es justo. Por eso Cristo en el Evangelio exaltaba su relación con los niños, con los enfermos, con los ancianos, con los pecadores públicos, con los pobres, con la gente señalada con el dedo, esto es, con la gente incapaz de defenderse socialmente. Lo que significaba que también el más incapaz de defenderse tiene un valor sagrado, absoluto; antes que quitarle un cabello sería mejor "atarse una rueda de molino en el cuello y arrojarse al fondo del mar"<sup>21</sup>. Y en ningún lugar se ha afirmado la dignidad absoluta del hombre con más perentoria dramaticidad que en la frase ya citada: "¿De qué te sirve ganar el mundo entero si te pierdes a ti mismo? ¿Qué dará el hombre a cambio de sí mismo?"<sup>22</sup>

El antipoder es el amor; y lo divino es la afirmación de la capacidad de libertad que tiene el hombre, es decir, de su irreductible capacidad de perfección, de alcanzar la felicidad, de su irreductible capacidad de alcanzar al Otro, a Dios. Lo divino es amor. Como atestigua esta espléndida poesía de Tagore:

"En este mundo aquellos que me aman  
buscan por todos los medios  
tenerme atado a ellos.

Tu amor es más grande que el suyo,  
Y, sin embargo, me dejas libre.

Por temor a que yo les olvide,  
no se atreven a dejarme solo.

Pero los días pasan  
el uno detrás del otro

---

<sup>17</sup> Cf. E. Montale, "Julian Huxley e il progresso biologico. Il traguardo dell'uomo, en *Corriere della Sera*, 27 de abril de 1949, p. 3.

<sup>18</sup> Cf. B. Pasternak, *El doctor Zhivago*. Círculo de Lectores. Barcelona 1995.

<sup>19</sup> "Por fortuna, la naturaleza del hombre es tal que siente la necesidad de buscar una justificación de sus propias acciones. Las justificaciones de Macbeth eran frágiles y el remordimiento lo mató. Pero también Yago era un corderito: la fantasía y las fuerzas espirituales de los malvados shakesperianos se limitaban a una decena de cadáveres: porque carecían de *ideología*... Gracias a la ideología, al siglo XX le ha tocado experimentar una maldad que han sufrido millones" (Cf. A. Soljenitsin, *Archipiélago Gulag*, vol. 1, Plaza y Janés, Barcelona 1974).

<sup>20</sup> Cf. M. Gorki, *Lenin*, Aguilar, Madrid 1993

<sup>21</sup> Cf. Mt 18,6.

<sup>22</sup> Cf. Mt 16, 26.

y Tú no te dejas ver nunca.

No te llamo en mis oraciones,  
no te tengo en mi corazón,  
y, sin embargo, tu amor por mí  
espera todavía el amor mío"<sup>23</sup>

---

<sup>23</sup> . R. Tagore, "Los que me aman", de *Ofrenda lírica*, en *Obra escogida* Aguilar, Madrid 1902, p. 193.